

propósito —que asombra cómo no fué entrevistado por los musulmanes— de escindirlos en provecho de las armas de los Reyes. Fué ésta una misión de confianza que lo consagró a los ojos perspicaces del exigente don Fernando.

LAS CAMPAÑAS ITALIANAS.

Desde el día en que Fernando levantó tropas para defender los derechos de Isabel a la Corona castellana, en varios siglos el soldado español no envainaría la espada ni dejaría de cargar el arcabuz o el arma que en su tiempo se usara. La milicia pasa a ser casi sinónimo de española.

En Francia reinaba Carlos VIII, rey de ilusiones medievales, que piensa —cuando la estrella francesa se ve que no puede lucir en Italia— en reverdecer las pretensiones —¡nada menos!— de Carlomagno y de los Angevinos. El resultado de estos sueños es la invasión de Italia por los ejércitos franceses. Fernando reacciona inmediatamente y, de acuerdo con su primo el rey de Nápoles, organiza la contraofensiva española. ¿A quién escoge para esta misión? ¿A un caballero aragonés, puesto que aragonés era el conflicto? No. Elige a Gonzalo Fernández de Córdoba, de cuya pericia había tenido directa información *de visu*. No quiero con esto poner de relieve solamente la gran valía del capitán castellano, sino algo que es mucho más significativo y que siempre me ha llamado la atención: el que en Fernando existe clara ya la idea de la colaboración peninsular y de que los intereses de los dos reinos —unidos por su matrimonio, pero que después pueden volver a separar— son los mismos. Desde este punto de vista, Gonzalo de Córdoba es un sincerísimo hispánico viviente.

La campaña se inicia en Sicilia, desde donde parte nuevamente, en compañía del rey de Nápoles, para combatir a los franceses, enfrentándose con los hombres del francés D'Aubigny, ante los que sufre el contratiempo de Se-

minara, que no le impide ser más ágil de movimientos que el enemigo y apoderarse de toda la Calabria y luego pasar a los Estados Pontificios a defenderlos de las depredaciones piráticas del vasco Guerrí. La toma de Ostia y de Diano finalizaba una de las campañas más fulminantemente victoriosa que vieron aquellos tiempos. Hacia fines de siglo todo parece resuelto y el capitán andaluz que partiera a la primera guerra internacional de España como nación, se retiraba a descansar a su tierra.

Pero el descanso no era su sino, y la sublevación en 1499 de los moriscos le obliga a tomar nuevamente la dirección de un ejército, que habría conducido a la victoria final si la política exterior de Fernando el Católico no hubiera planeado una nueva acción de guerra. Difícil para un general noble y leal iba a ser esta segunda etapa de campañas italianas, ya que la conveniencia de los intereses fernandinos —y es mejor que no entremos en valoraciones morales conforme a nuestra escala de valores— le hizo repetirlas y combatir cada vez con un aliado distinto. Por el tratado de Granada de 1500 entre Luis XI y Fernando el Católico, el rey de Nápoles era destronado, y franceses y españoles se dividían el territorio antes discutido. Este arreglo impuso al Gran Capitán la conquista de lo que ya una vez había dominado, siendo aliado del rey a quien ahora combatía, y frente a los franceses, que eran los flamantes aliados. Muy pronto hay un nuevo cambio: la frontera no satisface y se abre la guerra franco-española (segunda de la fecunda serie de las «guerras de Italia»). En poco más de dos años reduce todo Nápoles a la obediencia del Rey Católico, que, una vez conseguidos los objetivos, le llama a la Península.

¿CAUDILLO O CAPITAN DE GUERRA?

En la contestación de esta pregunta se halla la explicación de la personalidad toda de Gonzalo de Córdoba y de su carácter de figura im-